MEMORIA PERDURABLE

Especial — La Voz de Fortuna — ABRIL, 2017

Entre Macisvenda y Puente Tocinos, sólo media esta presencia. POR ¡QUÉ VIVO!, PACO, HAGO YO TAN MÍO TU REGALO DE ARCADIA[1]

Amigo Pedro:

En mis buenos tiempos de rapaz yo «me sabía» la Huerta mucho mejor que «El Catón»; y tengan por seguro mis lectores, que éste lo recitaba «de corrido». No existía un recoveco que no hubieran explorado mis ojos curiosos, ni costumbre que no practicara, ni fiesta —señalada o no por el calendario— que no viviera intensamente …
(J. López Almagro, «Meditaciones y Lecturas. Las Caracolas». Por Pedro Jara Carrillo. *El Liberal,* Murcia, 3 de marzo de 1922, p. 1).

El arte grande, el arte no artístico, no puede nunca ser juzgado, porque es vida, y lo vivo puede ser… tocado —e incluso cercado, amado, o repudiado, insultado, desdeñado—, pero no juzgado, porque lo vivo es Dios.
(Ramón Gaya, «El sentimiento de la Pintura», en Obra Completa, Editorial Pre-textos, Valencia-Madrid, 2010, p. 36).

¡La de veces, Paco, que en tu vida te habrás nostálgicamente visto agarrar por los garrones, *hartizo y empancinado de higotines,* para saciar tu sed de agua, —raíjo tú de tu Llano de Brujas— abuzándote en aquellos brazales con nombre de entraña matriz aún hoy en tu vívida memoria! ¡La de veces, Paco, que habrás vuelto —¡qué de imborrables vivencias compartidas!—, a empalmar dos liceras para aquel menester de brevera improvisada!

Yo venía de mi Cañá-honda del alma. Corría 1946. ¿Recuerdas, Paco, el abril de ese año donde los zarzos sobre las aguas hacían de tabla literalmente salvadora? Yo venía, sí, de aquellos campos a los que tu obra daría tanta vida más, agradeciéndote en silencio por aquel entonces, hondamente, que así, a los raíjos también de aquella sequedad y angustia, nos supieses con esa tu ternura de poeta. ¿Comprendes —¡no habrás de comprenderme, Paco!—, por qué me estremece tu Antoñico viendo *¡asíii!*… aquellos cañotes de agua abundosa, yo, que apenas podía salir de mi asombro contemplando a mis cuatro-cinco añicos las nacientes venillas —gránulos borboteantes de abajo a arriba en la arena— de mi río Chícamo, dando así vida a la vida que, con ese milagro, recibía Jesusín el de doña Antonia? Mi memoria, fiel o no, —viva, sí, en todo caso—, me hace aún verme embobado ante aquel espectáculo, éste sí que inefable de creación gratuita sentida de este modo a mis setenta y uno. Por aquel entonces, aún no sabía yo que aquel embrión de río, tierras abajo —Molino de Benito, El Cajel con su salto, La Umbría, El Tollé, El Partidor (de sus aguas), Llano de Sagüés, Mahoya …— llegaría casi, preciso bien el casi, a agostarse en «el pueblo» (por Abanilla). ¿Y habrá lector, Paco, habrá lector capaz de sustraerse a acompañarnos a exclamar: ¡Benditos los ojos de todos los Antoñicos que supieron una vez, al menos en vida, asombrarse ante la invocación al agua!?

Yo venía, Paco, ya te he dicho, de aquellos —ya ves tú bien que son estos— campos donde la angustia respondía, y lo sigue haciendo, a sequedad. ¡Y llegaba a Puente Tocinos con riada —¡figúrate tú, Antoñico, si puedes leerme y la hubieras tú vivido!—, con 70 cm. de agua dentro de aquella mi endeble casa de atobas, y en mis tímpanos de niño sin respuestas aquella lejana llamada de alerta cuyo prenuncio tan bien «se sabían», ay, los huertanos aterrados al escuchar el imborrable, profundísimo y ensordecido sonar de caracolas anunciando nuevas embestidas amenazantes de nuevos y terribles turbiones arrasadores.

Macisvenda no tenía quijeros ni brazales, ni acequias ni costones ni «burras empantanás»…Ni gorgos, ni lejas desde donde lanzarse a cualquier remanso un clavao con la invocación «¡el capuzón de san Marcos, pa que no me salga pelo en los sobacos»…! Tenía, en cambio, aquello «otro» por lo que uno, ya más maduro, vuelve a estar en las manos de la tía Rosa la partera y a mirar una y otra vez la casa del tío Pedro Quiles —«la casa de arriba»— donde este que así está abrazando la vida la vio por vez primera …

Yo venía, Paco, del tomillo y del romero; del almendro con flor; de la higuera del tío Diego Perea; bodega del tío Pedro Torá y de sus viñas que eran nuestras; de la almazara del tío José Cañamón, habilitada escuela, donde viví con mi madre; de correr y correr por Los Siensos, Los Pachecos, La Cañá el Pelao, camino de Barinas, ya pasado el Roal de Arriba, La Boquera, adentrándome en Los Marcos…

Y, heme aquí de pronto, que me choco, saltándolos con cuánto riesgo, con acequias, brazales, regaderas…, y pasando, zullío, por la barca al otro *lao* el mismísimo Segura; con qué urdimbre de sendas hasta llegar a casa de Fulgencio Villaescusa, *el Fiscal*; abriendo e intentando cerrar tablachos los días de riego cuando me dejaban los padres de mis amigos…; abriéndome, en fin, de esta suerte la compuerta de correrías tan otras donde descubrir un modo nuevo de jugar y ver jugar —¡qué «Abercoque», Dios mío, qué «Abercoque» tirando las bolas, *macizas y pesadas,* cuando aún no sabía yo del inmenso Sobejano en su *Mientras rule no es chamba*! —. Un nuevo modo de aprehenderlo todo y que tú, Paco, generosamente, cuando ya se corre el riesgo de la difuminación en nuestra memoria, nos la reavivas sin que llegue a sabernos a elegía: ¿cómo podría serlo si nos llega de quien ha escrito «… y al venirme el mundo dado de esta hermosa manera, todo me brotaba en forma de elogio», el mismo niño que «tenía cerca el árbol; cerca tenía el pájaro; próxima el agua y un sol que cada día maduraba un poco, haciéndola de miel, la fruta»…? ¿Qué podía yo saber de un quijero, —te he dicho, lector—, de un costón, qué sería aquello de los sotos, y un merancho, y una landrona, lampayo, longuera …; qué querría decir una «burra» que no fuera la burra de Crescencio *el de la Poma* en El Partidor, aquella *Tormento* a la que su amo «enseñó a rezar» —genuflexión, mirada al cielo y rebuzno final incluidos— el «Padrenuestro»? *¿Esperfollo, panocha colorá…?* ¿Te acuerdas, Paco, de la «ermita» —tú entonces no sabías de mí— de Paco Aroca y la Ángeles, a veinte escasos metros de mi casa, donde los auroros, Pepe el Melitón a la cabeza, repondrían fuerzas con algún *regüelto?* ¡Qué bocanadas de vida, Paco, tu lectura viva y memoria de aquellos cantos, yo arrebujado en la cama con un tantico así de miedo, escuchando cantar tan de alma! ¡Antonio Garrigós, que llegué a conocer bien! ¡¡¡Y cuántas gracias hay que dar de su generosidad sin límites!!!

… ¡Me escapaba tanto todo en mis vivencias anteriores tan otras! …Y ahora, lector, pues el momento ha llegado, ven conmigo, cojámonos de la mano del corazón abundante de Paco y adentrémonos juntos por la memoria viva —que así es lo que toca el corazón— de este gozoso reencuentro de Arcadia agradecida, la huerta de Murcia, en

---

[1] Francisco Sánchez Bautista, *Memoria de una Arcadia. La Huerta de Murcia.* Murcia, Real Academia de Alfonso X el Sabio, 2008.

[2] José López Almagro, *Exposición Sobejano. Pintura Regional. El Liberal.* Murcia, Jueves, 1º de abril de 1926

nuestra retina del alma. ¡Aquella que, al regalárnosla así, Paco, es esta «estampa bellísima y sosegada» del pescador con caña, saltando de merancho en merancho, «en busca de algún barbo de los que tanto abundaban en nuestras aguas»!... ¿Cómo no recordar contigo «con profunda emoción aquella figura casi idílica»? ¿Y aquellas tenajas —ide qué análisis ni monsergas de sus aguas estará usted hablando!— en aquel rincón mismico de la cocina?...

Yo te invito, lector, a que sepas en Paco de «un obseso tenaz por la belleza / de este paisaje que conmigo / se humaniza y concreta y se engrandece / más allá de mis días terrenales ...»; de «la Naturaleza [que] tiene un rumor misterioso que le viene de su propia e indescifrable entidad, de su armonioso y cósmico acorde»; de ese Paco que sabe de qué manera «los pájaros, como los animales siempre han tenido algo que decirle a los niños»; del Paco con el que «en esta descuidada libertad vivíamos nuestra infancia», pudiendo, que es debiendo, exclamar con él: «¡Qué hermosura! ¡Cómo le crecían alas a nuestra infantil imaginación!». Chichipanes, pardillos, pinzoletas, cagaestacas, verduleros, gafarrones, colorines, tutuvías, caverneras, tintines, herrerillos, cajindranes, perputas estercoleras, zorzales, merlas, ruiseñores ..., todos —revoloteando tu espíritu— se habrán hecho tus amigos a través de su obra toda, lector. ¿O no eres tú niño, también, mientras lees a Paco, cuando menos?

Y aprende, lector, el trayecto «De Cabecicos a ´La Gloria´» y de aquellas singulares «ermitas» donde tomar un *correntál;* y a saber de los higos ñorales, pajareros, negrales y perulasos, y también de los verdales, toreros y martinencos, y de las níspolas y fresquillas ...

Adivina, lector, qué cosa sola «entristece al hombre de esta tierra». Tu molondra, ¿ha dado ya con la clave? ... ¿Habrías tú concluido en tu reflexión indagatoria que «es dos días de lluvia seguidos ..., porque faltándole el sol y la azul transparencia de nuestro cielo, parece como si se le apagara el alma»?

Y sabrás, lector, —como si del mimo más tierno se tratara— de aquella «Dorá» y de la «Clavellina», y de la «Hermosa» y la «Jardinera»... aquellas vacas del terreno así bautizadas. Y de la trahílla y de la vertedera. Y del arado romano que «aún tenía su total vigencia». Te aparecerán los haldares, rítmicamente, en toda su frondosidad y variedad, viendo en las eras tostados huertanos «con sus bien dentadas horquetas [que] parecían torturados dioses marinos remando sobre las mieses ...» ... ¡Aventar la parva!...

Nos está Paco hablando, lector, de «cuando todavía no faltaban mujeres que avivasen la simiente del gusano de la seda al calor de sus senos». Y es tan tierno el escucharlo... que parece, en efecto, una caricia.

Hemos llegado a su casa, lector. Me quedo con un solo motivo a mostrarte.

Con su lectura, sin que yo la manche, tú descubrirás el resto. No debo permitírmelo: «... madre iba detrás del surco recién abierto depositando panizo grano a grano ...» ¡Ese «madre», Paco, ese «madre» ...—iraíz de las raíces de tu vida enternecida!— ... vale por todo un mundo de lectores sedientos! Te dije arriba que «¡¡por qué vivo!!» es tan mío este regalo de tu Arcadia de la que, por más que lo intentas, no consigues despedirte con ese aire elegíaco prestado. «Madre iba detrás del surco ...». Pídeselo, Paco, a tus amigos pintores, que tú ya le has puesto el pie. ¿Lo has hecho ya, por azar? Pídeles el lienzo, Paco. ¡Que no te van a defraudar!

¿Vive aún «El Pizque»? ¡Cómo me gustaría escucharle, también a él, uno de aquellos gritos selváticos que dabais «navegando sobre el correntál» (del río) y oírle, también a él, esa música que tiene —¿te das cuenta que dices (y escribes) tiene?— «de iniciado paraíso» (...) «como si bajaran en él todos los montes y cañadas de la tierra»! ... Ya yo sé bien, ay, que «se les oye hablar y parece que disponen de los ríos y los embalses como si de sus propias fincas se tratara». Prohíbeles la lectura de esta Memoria: no merecen siquiera tener esa mala conciencia de haber maltratado a todo un pueblo sediento. Ni que sepan dónde está Cabecicos. ¡Que los siga corroyendo la ignorancia! ¿Te parece un castigo menor? Que nunca sepan quién fue «la madre de la acequia», ni vean «a las damas bailar», ni a esa «Verónica», ni a «Don Olegario, el aparecido», ni a aquel adolescente con aquella su madre [que] «lloraba abonica y desconsoladamente». Eso, no: prohíbeles que te lean. Les faltarían indulgencias para el pobre de ti. ¿Tú crees que merecen saber lo que es hacer «pitos de tallos de calabaza y jopos de caña»? Yo te digo que no merecen leer una página así: «...ajeno a estos brillos materiales, a este desmedido afán, yo quiero recordar a estos eternos durmientes, gentes sencillas que un día poblaron de vida las sendas y caminos de esta fertilísima tierra». Profanarían esos cementerios donde yacen aún así de vivos en tu regalo, esos «hombres / que al ruiseñor y al mirlo protegieron». ¿Me harás esa gracia? No permitas, amigo, que sepan de «Jones, el Nolasco» ni por qué precio «hacía las más divertidas imitaciones». Te seguirían mirando de ese reojo altanero a ti y te darían, a cambio —no mucho más, te lo aseguro—, que «un zoranco de pan o una colilla de cigarro», no me cabe la menor duda. Su ignorancia de la vida que aquí te sobreabunda, no les llega a más. ¡Qué saben ellos, qué pueden saber ellos de la vida que encierra «un espantapájaros viviente» como el hijo de Juan el Nolasco y la «Roja la Gitana»? ¡Ellos, los nietos de aquellos «aflegiores» y «amos», aquellos «churubitos» ...!

¡Si tú supieras, Paco, el monumento que yo le tengo hecho en mi memoria vivísima a aquella cabra «Pacha» que tan tiernamente me «amamantó»!... ¡Qué de vivencias se me agolpan al leer, consciente siempre de ser la vez primera, «Los Auroros y las Despiertas de postguerra»!... llevando a mi alma «los ecos pausados y serios del canto popular religioso más hondo que tenga ningún pueblo», que dijera, con autoridad, Almagro hablando de «Ramírez y la música regional»[3].

Nos estás diciendo —iy con qué habla!— de los tiempos «cuando un amasijo duraba lo que un santiamén y se repelaban fuentes y bandejas hasta no dejar ni un repitajo»; de cuando el escultor Antonio Garrigós, «nos acompañaba no pocas veces»... Y no tenía pereza alguna, a pesar de su edad, para «atravesar malos caminos ni sendas intransitables de siscas y cañares, ni las ramas cuajadas de harinosa escarcha»... No te has andado con regateos, Paco, retratando al *Miceno.* De él, en efecto, se hizo en 1926 este apunte impagable para la historia de Murcia: «¡Benditos los que se regocijan por la gloria ajena, sin creer perjudicada la propia!» ¡Retrato donde los haya, Paco, para esculpir de manera indeleble y con esa justicia de los limpios de corazón, el alma de Antonio Garrigós! ¿Que qué había ocurrido, lector, para ese elogio sobre aquel hombre que «bajo aquel aspecto un tanto desgarbado albergaba un niño inmenso [y] un alma candorosa»? Pues que ante el espectáculo grandioso del creador Sobejano, rodeado de murallas altísimas de silencio, surgió un día un artista comprensivo y noble como Garrigós, recolectó las obras de ese pintor único, las puso a la vista de los murcianos y desfizo en un momento el entuerto de tantos años. Que así nos da fe de ello el presentador de aquella memorable Exposición a la que, probablemente, asistiría, de estar en Murcia, el jovencísimo Ramón Gaya, que está asintiendo... Y te acuerdas —me acuerdo— del tío Jesús Camaches, preguntando: "¿Se canta o se reza?", aquel que con su campana «acompasaba la patética salve de auroros si en casa de algún vecino el duelo era reciente».

¡Qué regalo, Paco, qué regalo de estampa que siempre he tenido a mi alcance, qué regalo de viva ternura la tuya, trayéndonos, en su hondura, a esos hombres que, envueltos en «tabardos, mantas a cuadros, de las llamadas espinarderas, bufandas y pocas más prendas...», y con aquel pelacañas, fueron capaces de estremecer las fibras más íntimas cantando tan profundamente alto al calor de entraña!

Has querido —iy con qué moneda, Paco! — saldar una deuda con el poeta «donde la ternura, ese dulce abrigo que siempre le hemos dado los murcianos a nuestro lenguaje coloquial, alcanza altísimas cotas». ¿Nunca te has preguntado conmigo, Paco, el porqué del silencio sepulcral sobre, precisamente, ese poeta, en amplios sectores de nuestro mundo «cultural», desde el año 1937, muerte en Rosario de Santa Fe

3 José López Almagro, Ramírez y la música regional. El Liberal, Murcia, domingo 11 de junio de 1922.

(Argentina), hasta adentrados los setenta del siglo pasado? Me limitaré, hoy, —espacio y oportunidad, quizás, me aconsejan así— a darte rendidas gracias de que tú, con verdadera autoridad para testimoniar de él, lo hayas hecho. Y en ese tono tuyo que enaltece la palabra. Que no sin razón cordial, estamos hablando de Vicente Medina Tomás, «el poeta de los poetas españoles» —Bonafoux [4] no regalaba jamás un bombo a nadie, te lo aseguro, ni escatimaba palos al mismísimo Clarín[5] que diría, por otra parte, de nuestro poeta—: «*Los Aires murcianos* ies tan español! Tan universal también, pero itan español! Así es el arte mejor; del mundo entero... y, además, de su tierra». ¿Por qué crees tú que acepté yo, con tanto gusto, la invitación de José Luis Martínez a pagar mi deuda contigo, sino para mostrar, asociándoos en uno, aquello que escribió J. Martínez Ruiz[6] en su Prólogo a esos *Aires murcianos* —ve leyéndonos—: "sabe llegar al alma. Pinte escenas de la vega o fustigue en arranques pasionales la iniquidad social, Medina es siempre poeta delicado, genial, conmovedor. Esa es la característica de su obra: la ternura, la infinita ternura de los hombres y de las cosas»? Alguien dijo —te sigo asociando, y parangonar la altura tú sabes de esa pequeñez por ridícula y estúpida— que esa «poesía [está] henchida de España campesina, estremecida de dolor humano. Espejo de realidad. Escrita fue en el habla dulce, jugosa, ´bonica´, de la huerta; pero dialecto bravo también, según los casos» [7]. Son tantos los testimonios de este tenor que poseo... Y debo concluir —asociándote a él, claro—: «Por el camino, Bello me habló de su reciente viaje a Murcia, donde ha conocido a Vicente Medina, el poeta de exquisita sensibilidad, cantor inimitable de las costumbres murcianas, el enamorado de la huerta, toda luz y color, el propagador tierno, delicado, en sus poesías, del lenguaje especial de aquellas gentes [¡atención, lectores de Sánchez Bautista, escuchad!], con sus modismos encantadores, que producen en el verso un sonsonete rítmico que parece una caricia ...» [8] Sin borrar un solo ápice de lo transcrito, ¿aún no te he dicho que yo siempre he buscado al poeta, en verdad, en la llamada prosa?

Deshaciéndonos, a ser posible, de etiquetas —para mí mostrencas— y asociándote, una vez más, en lo que yo no sabría decir mejor, permíteme que le ofrezca al lector lo que en 1911 dijo quien saldó su deuda también con Medina, escribiendo: «...De esta manera fácil y simple están escritos los *Aires murcianos* y *La Canción de la huerta,* donde palpita y vive, no solamente Murcia, ni tampoco España, sino toda la humanidad, en la confusa mezcolanza de alegrías, de duelos, quimeras y desengaños que la impulsan. Al través de modismos regionales, por encima de lo característico español, el hombre vive en cada una de sus poesías, exponiendo a la plena luz meridiana la inmensidad de un gran cariño a todo lo existente.

Recuérdese aquella *Canción triste,* y diga quien la haya leído si no es esa una poesía verdaderamente universal, perfectamente comprensible en cualquier parte del mundo, allí donde un hombre suspire, preso de la añoranza, recordando algo que ha dejado tras de sí» [9].

¿Tendré que añadirte, lector, para invitarte a la emoción, que no hay nada como la lectura limpia de un texto limpio y que «el mejor de los comentarios no es digno del peor de los textos»?

¿Se entiende —estoy diciendo se siente— así mejor, lector, qué quiso decir Dostoyevski con aquel enigmático «la Belleza salvará al mundo»? ¿Se siente así mejor, después de soltarnos de la mano del corazón de Paco en su abrazo a todos los Cabecicos natales del mundo, qué quiso decir Soljénitsin al afirmar, en su discurso de Estocolmo en 1970, que «las obras de arte que han buscado la verdad profunda y nos la presentan como una fuerza viva, se apoderan de nosotros, imponiéndosenos, y nadie, jamás, incluso en las edades venideras, podrá refutarlas»?

***

¡Bendito pan el tuyo, Paco! ¡Qué abrazo de ternura!: ¡Queda aún tanta simiente dormida a avivar!...

Tu amigo,

Jesús Jareño López

[4] Cf. Luis Bonafoux, *Mis veraneos. La inglesa y Quesnay. Heraldo de Madrid,* Madrid, viernes 28 de julio de 1899, p. 1. Col. 6ª.
[5] Clarín, *Palique, La Vida Literaria,* Madrid, 20 de julio de 1899, p. 5.
[6] Vicente Medina, *Aires murcianos,* (Primera serie). (Prólogo de J. Martínez Ruiz). Imprenta de la Gaceta Minera, Cartagena, 1898. pp. I-II.
[7] César Carrizo. *La voz de los poetas. La España agreste y creadora en la poesía dialectal. Caras y caretas.* Buenos Aires (Argentina). 24 de diciembre de 1938, p. 19.
[8] M. Martínez Espada, *Mors in vita. La Vida literaria, nº 21.* Madrid 1 de enero de 1899, p. 13.
[9] Juan Más y Pi, *Vicente Medina, Letras Españolas,* Buenos Aires, 1911. pp. 161-176.

VOLVER LA MIRADA

"Donde quiera que haya niños —dice Novalis—, existe una edad de oro". Pues por esa edad de oro que es como una isla espiritual caída del cielo, anda el corazón del poeta, y se encuentra allí tan a su gusto, que su mejor deseo sería no tener que abandonarla nunca.

¡Isla de gracia, de frescura y de dicha, edad de oro de los niños; siempre te halle yo en mi vida, mar de duelo; y que tu brisa me dé su lira, alta y, a veces, sin sentido, igual que el trino de la alondra en el sol blanco del amanecer!

Juan Ramón Jiménez (*Platero y yo*)

Francisco Sánchez Bautista, camino de los 100 años, ya no cumple los años completos, sino "por medios años". Así que anda ahora por los 91 y medio. Y como la vida es un bucle, él, que en sus primeros poemas de *Trovas ingenuas* retrataba la infancia que se desarrollaba a su alrededor a través de sus propias hijas o de los hijos de amigos y familiares cercanos, ha reencontrado en los niños uno de sus veneros poéticos más dulces y bellos. En el número anterior de *Memoria Perdurable* recogíamos unos poemas dedicados a **Carmen**, **Alba** y **María**, nietas de su amiga **Antonia Cerón**, a quien también dedicaba un poema. Recogemos ahora los que dedica al pequeño **Martín** y a su abuelo **Vicente Séiquer**, gran amigo de tertulias en el bar *La Placica* del barrio de Santa Eulalia de Murcia.

Al niño Martín Séiquer

Pequeño amigo Martín:
dice tu abuelo Vicente
que eres muy inteligente
y un poquito galopín.

Aunque no sepas latín,
tienes tan clara la mente
que ya comenta la gente
que sabes más que Merlín.

Sobre este mundo hosco y feo
te aconsejo y te deseo
que de ti seas tú el dueño.

Y cuando yo falte un día,
dirás: "Paco me escribía
versos cuando fui pequeño".

Tu amiguito,
Francisco Sánchez Bautista

Murcia, 22-2-2017

Dedico esta sencilla endecha al niño Martín Séiquer
deseándole todo el bien del mundo.

I

Niño Martín Séiquer
que creces con la ingenua
ternura del que ignora
este mundo en el que entra.
Mundo convulso, lleno
de odios y de guerras.
Comienzas a ser niño
y los peligros cercan
sin que tú lo adivines,
tu envidiable inocencia.
Poco a poco has de verte
en plena adolescencia
y su rubor, su deseo
que azuza y desconcierta
te encenderá la sangre
sin hallarle respuesta.
Después, serás un joven,
y entre muchachas bellas
se gozarán tus ojos,
Martín, con solo verlas
hablarte, sonreírte.
Permita Dios que sea,
entre tantas, la tuya
las más dulce y honesta.

II

Niño Martín, hoy quiero
que por tu abuelo sepas
que un poeta de Murcia.
cumplidos los noventa
años de vida, pide
que tu ángel te proteja
y que en el cielo brille
tu buena estrella.

Por ti, por tu futuro,
te he compuesto esta endecha.

Tu amigo
Francisco Sánchez Bautista

Que veas, por lo menos, tantas
Fiestas de Navidad como yo he visto.

Deseándole feliz Navidad y
Próspero Año Nuevo 2016

A Vicente Séiquer Carasa
En contestación a su décima
navideña

Querido amigo Vicente:
tu décima navideña
es amable porque enseña
la moral del buen creyente.

Es la verdad concluyente
que en Jesús Dios se hizo humano,
y es la fe del fiel cristiano
que cree en Dios firmemente.

Yo, que ni niego ni afirmo,
me uno al redil como hermano
por la gracia del bautismo.

Y en lo que soy de profano,
se lo debo al humanismo
donde me inicié temprano.

Francisco Sánchez Bautista
Navidad de 2015

OTRO PREMIO PARA NUESTRO POETA

No podía empezar mejor su andadura Gestiona Murcia Cultura que como lo ha hecho: concediendo los **I Premios Regionales de la Cultura de Murcia** —con los que ha querido resaltar la labor en favor de las artes plásticas, de las artes visuales, de las letras, de las artes escénicas, de la música, del cine y producción audiovisual, del patrimonio cultural, del diseño gráfico, de la gestión cultural, del periodismo y de los proyectos culturales— a 17 hombres y mujeres que han destacado en el rico panorama cultural y artístico de nuestra Región. Entre ellos, cómo no, el poeta Francisco Sánchez Bautista, Hijo Adoptivo de Fortuna. Entre los premiados se encuentran también **Pedro Soler** y **Patricio Hernández**, colaboradores de La Voz de Fortuna. A ellos, y a todos los premiados, nuestra enhorabuena, que hacemos extensiva a la asociación Gestiona Murcia Cultura por tan feliz iniciativa.

El poeta Francisco Sánchez Bautista rodeado de amigos: Antonia Cerón, Juana Fuertes, Soren Peñalver y Pedro Soler

Nuevamente el poeta con Inma Martín, y con los también premiados Soren Peñalver y Pedro Soler

Patricio Hernández, otro de los galardonados